



04/Acompañar la infirmitad familiar

Xosé Manuel Domínguez Prieto,
Director del Instituto da Familia.
Ourense.

Acompañar a las familias en su vulnerabilidad exige tener claras tres cuestiones: en qué radica la vulnerabilidad o 'infirmidad' de toda persona, en qué consiste la familia y qué es acompañar.

No perderemos el tiempo si entendemos estos tres conceptos. Sobre ellos, en un ulterior artículo, abordaremos algunos aspectos propios del método adecuado para el acompañamiento familiar.

Si el lector tiene paciencia, le ruego que me acompañe en estas líneas más teóricas y esenciales. Si no la tuviere, pase al otro artículo más práctico. Pero tenga en cuenta el amable lector que el práctico se engasta en estas reflexiones previas.

Palabras clave: Acompañar, Dolor, Familia, Vulnerabilidad.

Accompanying families in their vulnerability requires three clear questions: what is the vulnerability or 'infirmity' of each person, what is the family, and what is to accompany.

It is worth understanding these three concepts. In a future article we will address some characteristic aspects of the appropriate method for family accompaniment.

If the readers have patience, they can accompany me in these more theoretical and essential lines; if not, it's better to read a more practical article. But we must bear in mind that the practicality is embedded in these previous reflections.

Key words: Accompanying, Pain, Family, Vulnerability.

1/

Qué es infirmitad.

Partimos de la siguiente constatación: que existe un enfermar físico, un desordenarse psíquico y un infirmar de la persona. Es cierto que la persona no puede enfermar como persona, pero puede no vivir de acuerdo con su ser persona, puede lograr o malograr su vida, realizarla o desrealizarla. Esto se debe al inacabamiento de la persona, a su finitud, lo que le afecta a él y a las estructuras comunitarias a las que pertenece. Los tres ámbitos son fuente de vulnerabilidad.

Utilizamos el neologismo 'infirmitad' para referirnos a la situación de la persona en tanto realidad lábil, finita, provisional, sin acabar, realizable pero también malograble. La persona, en su camino hacia su plenitud puede recibir daños (físicos, psíquicos o personales) o vivir de modo que impida su crecimiento. A todo ello nos referimos con la palabra 'infirmitad' y todo ello es fuente de vulnerabilidad.

Tres dinamismos son esenciales en la persona: la puesta en juego de las propias capacidades integradas para lograr la plenitud, la actuación desde un sentido, en tercer lugar, y la experiencia de apertura y de relación en un contexto comunitario. Si la persona no los puede desarrollar, podemos decir que está en situación de infirmitad o vulnerabilidad personal.

2/

La vulnerabilidad de la persona. Modos antropológicos de vulnerabilidad.

Para comprender la infirmitad de la persona, su posibilidad de ser dañada, de no vivir el camino de su propia plenitud, es necesario hacer referencia a la dimensión **pathética** del ser humano.

La persona no sólo consiste en capacidades puestas en marcha hacia su plenitud desde un sentido sino también en falibilidad, labilidad, menesterosidad: junto a la **poética** de la persona es necesario una **pathética** de la persona.

El impulso a la unidad y a la plenitud es muestra de 'la no terminación' o fragilidad del hombre. El hombre es posibilidad abierta y, por tanto, inseguro en su existir. La angustia y la incertidumbre no son, por tanto, síntomas patológicos, sino manifestación del vivir como persona, de su falta de firmeza, de su **infirmidad**. Pero es justo ese inacabamiento el que le abre al futuro, a la posibilidad de realizarse.

Sin embargo, la suya es una realización agónica, sin seguridades, en tensiones (entre su exterior y su interior, entre su materia y su espíritu, entre su voluntad y la voluntad de los otros, entre su voluntad y sus deseos). Es quimérico, por tanto, buscar en la terapia (u ofrecer) la definitiva ausencia de tensiones, el equilibrio definitivo y la experiencia del vivir 'sin tensiones y en equilibrio.

Dada su **limitación y finitud, la persona, en su hacerse, no es autosuficiente**. Como esencia finita no se basta a sí mismo. Experimenta, cuan-

to más claramente sabe, cuanto más profundamente siente, la finitud y, con ello, el defecto radical en todas las modalidades de su ser y de su acción.

En definitiva, la persona es radicalmente dependiente y frágil. Su autonomía absoluta, sueño de la modernidad, es una falacia. La autonomía sólo puede ser heteronómica, dependiente. Y esta dependencia de lo real -y, por ende, del fundamento de lo real- es una dependencia no limitante sino promocionante de su propia plenitud y dignidad.

¿En qué ámbitos se experimenta esta vulnerabilidad fragilidad, dependencia y finitud? En la muerte, en el dolor, en su finitud y en la experiencia del mal.

- El primero y más radical de los límites con los que se encuentra es la muerte, que ha de tener presente si quiere vivir desde la verdad de sí. Sólo sabiendo que **cotidie morimur**¹ es posible vivir con intensidad el momento presente. La muerte es un límite natural o, al decir de Jaspers, una situación-límite, esencialmente ligada a su finitud, la posibilidad más definitiva, cierta e irrebalsable del ser humano².

Revela, en su misterio, un aspecto de la verdad de lo que es el ser humano, pero una verdad que no es aprehensible conceptualmente³. Es común comprobar en un número enorme de personas una continua anestesia frente a la muerte. Por el contrario, si se acepta el hecho de la muerte y se vive con conciencia, caben dos opciones: la de la angustia o resignación de quien acepta que el hombre es un ser para la muerte no habiendo nada después, teniendo entonces que afrontar el sinsentido de la existencia, o la de quien se abre a la esperanza de una plenitud más allá de esta vida.

- El dolor es otra de las más contundentes manifestaciones de nuestra vulnerabilidad. En general, la resistencia de la realidad a la propia voluntad, produce dolor. Y el dolor, nos expone al sufrimiento.

En todo caso, el dolor y el sufrimiento son universales que muestran también la fragilidad del ser humano. Pero el dolor, si personalizan- te, si se vive con sentido, constituye la otra cara de la moneda del crecimiento personal. **Doles ergo sum**⁴.

- La huida del dolor va vinculada a una huída de la finitud, esto es, a una incapacidad para aguantar el dolor físico o espiritual (quizás fruto de sobreprotección en la infancia y juventud, y de hábito de huída en la edad adulta).

Esta huida de la finitud de la condición humana se manifiesta en el descenso abismal y alarmante de la tolerancia a afrontar cualquier problema, sufrimiento moral, conflicto, culpa o crisis: se busca a toda cosa calmar las ansiedades, evitar tener que vivirlas o adormecerlas. A este respecto, parte de la farmacopea que se administra está orientada a anestesiarse la conciencia retrasándose así el afrontamiento y posible solución de los problemas.

- Además, se ha impuesto una ceguera, incluso negación, del mal, de la fragilidad, de la culpa, de la muerte, de lo finito. Se niega lo real y se pierde el sentido de lo trágico, del esfuerzo, de la aventura, del riesgo, del dolor. Se huye de todo esto.

Se pretende conjurar. Y se repite, en muestra de paternal sobreprotección en las situaciones dolorosas: 'No te sientas culpable', 'No debes sentirte mal', 'No te preocupes', 'Eso no es nada', 'No tienes por qué sufrir', 'No tienes por qué estar incómodo'? ¿No será que se ha perdido la medida de la grandeza humana? Eliminando lo incómodo, lo doloroso, lo cansado, la culpabilidad, la pena, lo que se ha eliminado es la vida personal, la alegría. Se le ha perdido la pista al camino de la plenitud.

- Pero la persona no sólo es frágil, sino falible, lábil, amenazado siempre por el fracaso, la enfermedad y la muerte, por el oscurecimiento de su conciencia, por su capacidad de obrar mal. La persona, como **homo viator**, siempre

1. SENECA, Espístolas, 24, 20. Orbis, Barcelona, 1985. Tomo I.

2. M. HEIDEGGER, Ser y tiempo, §52. RBA, Barcelona, 2002, pp. 232ss.

3. C. DIAZ, Logoterapia centrada en la persona, Escolar y Mayo, Madrid 2011, capítulo IV. Passim.

4. Cfr. C. DIAZ, Logoterapia centrada en la persona, Escolar y Mayo, Madrid 2011, capítulo IV.

está en vías de construcción o de destrucción. Dada su limitación, debemos contar siempre con las realidades del mal, del sufrimiento, la muerte y de su capacidad de obrar mal, pues son las fuerzas destructivas. A veces, queriendo hacer bien, hace el mal: **video meliora proboque, deteriora sequor**

En conclusión, diremos con Ricoeur que la persona encuentra en sí dos contradicciones: la contradicción entre aquello que anhela ser y lo que realmente es y puede ser (finitud) y la contradicción y distancia entre lo que puede hacer y lo que realmente hace (culpabilidad).

3/

La infirmitad en familia.

3/1

La familia es comunidad y es un sistema.

Más allá de ser institución o grupo social, la familia es, ante todo, estructura comunitaria, un **communitas**, un **cum-munus**.

- **Atendiendo al sentido etimológico, aclaremos primero el sentido del munus.** El término se refiere a tres áreas de sentido: el oficio o la función que se realiza (**officium**), la obligación, el deber que hay que cumplir, el servicio cumplido (**onus**) y, en tercer lugar, el don, el regalo, el favor (**donum**).

Los tres ámbitos perfilan el sentido del **munus**: se trata, en efecto, de una función y de una obligación. Pero son tal en tanto que don. Se trata de un don que uno está obligado a dar en término de retribución necesaria o como servicio necesario.

Se trata del don o regalo que se tiene la obligación de dar por haber sido uno mismo, antes, objeto de otro don.

- Ahora podemos preguntarnos por el cum, por lo que tienen en común los miembros de una **communitas**. No puede ser algo que se posee en común, sino, más bien, el compartir una carga, tener una deuda, una obligación o función en común.

Esto, y no otra cosa, es lo que permite lo que **munio** expresa, esto es, la edificación, la construcción de lo común. Así que esto común es la obligación que se ha contraído con el otro, con los otros. La gratitud por el don recibido exige una donación. Por eso, la antítesis de la **communitas** es la **immunitas**, esto es, la situación de aquel que no ejerce su generosidad con otros, que está a salvo de los otros pues no se siente en deuda con ellos.

- La comunidad es, en fin, el conjunto de personas que se descubren como deudoras de todos los demás, como don para los otros.

3/2

Vulnerabilidades familiares.

Vivir es afrontar problemas. Y la vida en común, que es fuente de crecimiento y de plenitud para sus miembros, también es fuente de tensiones. Surgen tensiones entre esposos, conflictos con los hijos, dificultades con otros miembros de la familia... ¿Cómo afrontar estas dificultades que surgen en el camino? ¿Cómo convertir las dificultades en oportunidades para el crecimiento?

Las vulnerabilidades en el matrimonio y en la familia tienen dos fuentes: interna y externa. Las internas son las generadas por la propia disfunción de la familia y sus miembros.

La exterior por diversos factores que dañan a la convivencia familiar o a sus miembros.

La comunidad es el conjunto de personas que se descubren como deudoras de todos los demás, como don para los otros

3/2/1 Dificultades internas

A). No aceptar la situación o no aceptar al otro como es

Es frecuente la queja de que otro miembro de la familia no hace esto o aquello, de que no tiene detalles cuando lo necesitamos, que no nos comprende, que no es tan cariñoso 'como debería'... que no es como esperábamos, de que no actúa como queremos.

Pero si así juzgamos que son las cosas, entonces no es el otro quien falla: es quien juzga quien obra mal al no aceptar al otro como es. Es este el momento de tratar de cambiar lo que se puede cambiar, aceptar lo que no se puede cambiar y de inteligentemente darse cuenta de la diferencia entre ambas situaciones. Amar supone, en general, respetar al otro y nunca exigirle.

B). No controlar la imaginación

Todos sabemos que, habitualmente, es nuestra imaginación la que crea y aumenta los problemas. Mentalmente agrandamos los problemas y nos enfadamos más cuanto más rumiamos. Pensamos que 'ojalá' el otro actuase de otra manera, 'ojalá' tuviese estas o aquellas cualidades, 'ojalá'...

Y nos imaginamos como víctimas del otro. Y nos recreamos en ello. Y antes de haber hablado con él o ella ya estoy enfadadísima/o. Y es que, ante los problemas, lo peor que podemos hacer es dramatizar.

C). Las actitudes negativas

Ante la situación problemática, muchas veces surgen explosiones emocionales que paralizan: vergüenza, crisis matrimoniales, aislamiento, huida. Tampoco es infrecuente que se mantengan, por orgullo, por temperamento más dominante o por lo que fuese, unas actitudes en la

relación con el otro que no sólo no la benefician sino que la bloquean y producen los efectos contrarios. Veamos las más frecuentes:

- Tratar al otro con mal genio (justificándose diciendo que 'son cosas de mi carácter'. ¿No serán, más bien, de su falta de carácter, de su descontrol?).

- Amenazar, reprender, reñir, constituirnos en jueces últimos sobre el otro.

- Ordenar al otro en vez de consultar o aconsejar (en el fondo supone tratar al otro como inferior). Imponerle decisiones o soluciones sin consultarle.

- Criticar, ridiculizar, ironizar (lo cual nunca sirve sino para producir graves heridas y los efectos contrarios).

- Interrogar al otro, con desconfianza.

- El silencio en vez del diálogo. El silencio frente al otro es una de las más graves formas de violencia y de destrucción de la vida de pareja.

- La impulsividad en el trato con el otro

- Guardar rencor, no perdonar

D). Las distorsiones cognitivas

Las distorsiones cognitivas son formas erróneas de pensar que terminan por afectar a nuestro comportamiento y a nuestra percepción de la realidad, de la verdad de las situaciones. Son creencias que manejamos mentalmente, sin querer constatarlas con la realidad, y que son causa de gran malestar e infelicidad en nuestras vidas matrimoniales y familiares. Así, pensamientos erróneos que suelen afectar la vida matrimonial son algunos como los siguientes:

- El otro debería saber cómo me siento y actuar en consecuencia.

- Todo lo que hago debo hacerlo perfectamente.

- Tengo que tener éxito y no cometer errores.
- Debo cumplir siempre lo que el otro quiere de mí.
 - Mi vida matrimonial ha de ir bien sin sufrir ni tener que esforzarme.
 - El otro siempre tiene que aprobar lo que hago.
 - Para ser feliz en el matrimonio basta con disfrutar de mi vida sin comprometerme ni esforzarme en nada. Todo saldrá espontáneamente, si tengo suerte.
 - Ante las dificultades, lo mejor es dejarlas pasar y no enfrentarme a ellas.
 - No puedo soportarlo. No tengo por qué sufrir o soportar malestar en la relación con el otro.
 - El otro es malo si no hace lo creo que debe hacer.

En general, se emplean diversas actitudes de distorsión del pensamiento que se convierten en serios obstáculos para la convivencia. Muy comunes son las siguientes:

A. Focalización en los aspectos negativos, ignorando los positivos. Así hace quien en su matrimonio se fija sólo en lo que le va mal, centrándose en ello sin querer mirar la mayoría de los aspectos positivos de su matrimonio y de su familia. Sólo tiene ojos para lo negativo y lo agranda.

B. Inferencia arbitraria, aventurando conclusiones sin evidencias que lo apoyen o con evidencias en sentido contrario. A partir de un detalle del otro imagina toda una historia negativa e irreal.

C. Suponer las intenciones, sentimientos o motivaciones del otro, de carácter negativo e hiriente, para explicar por qué el otro actúa como lo hace. Por ejemplo, ante un gesto agrio del otro con quien estamos comenzando a inferir

que está contra nosotros, que es una persona áspera, cuando quizás es que le está doliendo una muela o tiene cualquier otro problema físico o molestia exterior.

D. Exageración, aumentando lo negativo e imaginando consecuencias o posibilidades catastróficas.

E. Etiquetado negativo del otro o de sí mismo, sometiéndole a una clasificación o tipología ('es un vago', 'es un desordenado', 'soy un desastre', 'soy un perdedor').

F. Generalización: Es cuando se generaliza lo que ha sucedido en una o varias ocasiones y se le dice al otro: 'Tú nunca...' 'Tú siempre...' en tono de acusación.

3/2/2 Dificultades exteriores

La propia comunidad familiar es vulnerable como estructura y porque lo es cada uno de sus miembros en cuanto **infirmos y porque la propia estructura también lo es.** Esta vulnerabilidad comunitaria, basada en la propia infirmitad de sus miembros, se puede ver agravada por varios factores, que muestran diversas necesidades:

- Vulnerabilidad afectiva (inmadurez de sus relaciones, carencias o heridas afectivas, dificultades para la identidad).
- Vulnerabilidad educativa (falta de formación y falta de medios educativos).
- Vulnerabilidad económica, por falta de recursos.
- Vulnerabilidad por enfermedad (físico orgánica, sensorial, neurológica, psiquiátrica), por deficiencia intelectual, autista, aprendizaje, alimenticio, o por desorden psicológico.
- Vulnerabilidad por deficiencia permanente, causada por accidente, profesional, adicción, ocio, causas congénitas.
- Vulnerabilidad por exceso de tiempo de traba-

jo en detrimento de la vida familiar

- Descuido de la vida de pareja o familiar por tiempos de televisión, exceso de vida social y deportiva.
- Aislamiento social.

3/3

¿Qué puede sostener, internamente, al matrimonio y la familia en los momentos de dificultad?

Antes o después, por muy bien que se lleve un matrimonio y una familia, surgen tensiones, dificultades, problemas. ¿Qué hacer? Si tuviésemos que proponer unos 'primeros auxilios', antes de explicar el método del acompañamiento, diríamos los siguientes:

- Ante todo, hay que hacer memoria, de vez en cuando, de cuál es el proyecto en común y el hecho de que se hizo un compromiso de vida en común, de amor. Este compromiso no puede depender del capricho o del vaivén de los sentimientos sino de una decisión.

En necesario recordar que en el matrimonio y la familia reman todos en la misma barca y que avanzan todos o se hunden todos. La cohesión y el amor mutuo constituye un pilar esencial en los momentos de crisis.

- Ante las dificultades, conviene mantener la serenidad. Y esto equivale a no precipitarse en tomar decisiones o en el juicio sobre los demás. Al contrario, en momentos de crisis es bueno reforzar el tiempo personal y familiar para la reflexión y el diálogo, pues las crisis son ocasiones para el crecimiento.

- Si hacer tiempos de silencio para reflexionar sobre cómo van las cosas es bueno para toda persona, en el caso de los creyentes, el recurso a la oración personal y en común es esencial para recuperar la perspectiva perdida.

- Saber hacer, de vez en cuando, borrón y cuenta nueva, lo que supone el sano ejercicio de aprender a perdonar al otro. Esto supone no guardarse las 'ofensas' o defectos o insensibilidades o limitaciones o faltas de delicadeza del otro eternamente en el corazón. De lo contrario, no es posible una vida familiar saneada.

- En caso de tensión, primero pacificarme yo. En segundo lugar, lograr la serenidad. No juzgar y no atacar al otro. Aprender, a continuación a perdonar, a hacer borrón y cuenta nueva.

- Dialogar. Comunicarse: el silencio es destructivo. Cuidar el diálogo (que no es discusión): ponerse cada uno en la mejor actitud, siendo constructivos, sin ironías, sin juzgar al otro, con el deseo de llegar a una solución. Dedicar, de modo regular, un tiempo cada semana para salir juntos y sentarse a dialogar, a conversar.

- Ser sincero con el otro. No guardarse una carta en la manga. Decir lo que pienso, en clave de pensamientos y sentimientos, no en clave de ataque.

- Mucho humor. El humor es la cualidad de ponerse a distancia de los problemas, quitándoles 'hierro'. Humor es relativizar los problemas y ser flexible. La sonrisa y el humor son las mejores 'armas' para salir airoso de las dificultades cotidianas.

- Colaborar juntos en alguna tarea común.

- Orar juntos.

4/

Afrontamiento del dolor y la vulnerabilidad en familia.

El dolor, para cada familia, cada matrimonio y cada persona, se presenta como una tarea, como un camino que hay que recorrer.

Aunque no toda situación dolorosa tiene su origen en nosotros, en todo caso siempre somos responsables de cómo reaccionamos ante los que nos sucede. Depende de cada uno el modo de afrontar lo que nos pasa, la actitud ante lo que nos sucede.

Huir del dolor es perder una oportunidad única para retomar la propia vida de modo intenso. Refugiarse en un mundo ideal, en anestésicos que me distraen momentáneamente proporcionándome un placer que enseguida se vuelve dolor, en el resentimiento, en el trabajo, supone dar falsas respuestas a la aparición del dolor.

Hay que atreverse a experimentar el dolor pues nadie va al oasis sino por el desierto; nadie va a la luz sino por la obscuridad.

El dolor despierta el alma dormida, nos desmascara de nuestros personajes. Por eso, no hacen bien los padres evitando cansancios y dolores a los hijos. No hace bien la sociedad evitando que los jóvenes afronten la vida, se cansen, o entren en contacto con el esfuerzo, porque afrontar el dolor es aprendizaje fundamental.

-El primer tipo de dolor y vulnerabilidad que hay que acometer es el evitable. Y es evitable todo aquel sufrimiento que procede en familia de la imaginación o suposiciones falsas de alguno de sus miembros, de la rumia de su situación y de sus prejuicios.

Es necesario, en este caso, un diálogo socrático para que tomen conciencia de la distancia entre la realidad y lo que piensan de su situación.

En otros casos, el dolor evitable se soluciona afrontando la situación objetiva que la causa, en vez que quedarse en la tan frecuente 'indefensión aprendida' propia de adolescentes y adultescientes.

-En el caso de situaciones inevitables, el afrontamiento pasa por la aceptación. Para ello es necesario tomar distancia de la situación y el propio crecimiento interior y maduración de las personas. A veces descubrimos que el tamaño del obstáculo se debía a que estábamos agachados o empequeñecidos. Basta con crecer para poder soportar mejor lo inevitable.

En este sentido, contar con apoyos personales que permitan evacuar el dolor, ofrecer posibilidades e impulso para vivir con la dificultad, es tarea clave. De ahí la importancia de que haya personas formadas en el arte de acompañar. También resulta clave el vivir las dificultades desde un sentido.

Lo doloroso se puede vivir desde múltiples sentidos: como sacrificio por otros, como forma de realización de la propia dignidad o del propio valor, como sacrificio por una gran causa, como compensación por un daño infligido, como modo de evitar a otro el dolor, como efecto querido del cariño a otra persona, como modo de experimentar de cerca a Dios como ser cercano que nos acompaña en el dolor.

Entonces la pregunta de ¿por qué yo? se torna en la de ¿y por qué no yo? En todo caso, **para vivir el dolor hace falta trascenderlo: sufrir por algo o alguien, sufrir para algo, encontrarle un sentido.** En todos estos casos, el dolor es una oportunidad para vivir intensamente mi propia vida, para madurar -pues es justo en estos momentos donde se dan las máximas oportunidades para el crecimiento personal-. Para ello hace falta encontrar un sentido.

Acompañar a la familia es caminar junto a ella estando ahí, hacerse presente, a través del encuentro, pero sin invasión, creando confianza y seguridad

5/

Acompañar la familia.

Aclarado lo anterior, podemos afirmar que **acompañar a otro es un acto de amor.** Por esto resulta una tarea connatural al ser humano, puesto que toda persona es desde otras, con otras y para otras. En la medida en que somos comunitarios, somos acompañados y acompañantes naturales.

No son las muchas tecnologías, ni los muchos objetos acumulados, ni el currículum ganado, ni el mucho pensar lo que nos hace existir. A Descartes hay que descartarlo. La verdad más profunda del ser humano es esta: **"Soy amado, luego existo"**. Y una de las formas del amor, es decir, de tratar a una persona como tal, es acompañarla en el camino de su vida.

Acompañar a una familia es un arte, es decir, un saber hacer. Como tal, hay que aprenderlo y practicarlo. Sólo entonces, como todo arte, se puede intentar enseñar. Pero sólo lo aprenderá quien, escuchando el método o camino utilizado por quien ya es experimentado en acompañamiento, lo experimente él mismo.

El acompañamiento es siempre una **relación de encuentro** entre personas, parcialmente estructurada, en el que uno ayuda, potencia y orienta a otro u otros en su camino de crecimiento personal. Para ello, quien acompaña, crea espacios de apoyo, impulso y posibilitación para el acompañado.

Acompañar a la familia es caminar junto a ella estando ahí, hacerse presente, a través del encuentro, pero sin invasión, creando confianza y seguridad.

Acompañar supone saber escuchar a la familia y saber preguntar para que la familia se conozca

mejor, conozca su situación, descubra sus objetivos, las posibilidades que se le ofrecen o que puede crear y los cambios que ha de introducir en su vida para conseguirlos. Confrontarle con sus incongruencias. Se trata, en fin, de que tome conciencia de su situación y de sus posibilidades.

6/

Características del acompañamiento familiar. Primera aproximación.

En el **acompañamiento de la familia, se va de la familia a las personas.** Ofrece instrumentos a la familia para que **esta logre su autocomprensión.** Hace de espejo mostrando a la familia lo que ve. Posteriormente, acompaña a la familia para que entre todos propongan vías para caminar hacia situaciones deseables o para desbloquear situaciones indeseables. En todo caso, el protagonista es la familia y cada uno de sus miembros. Las soluciones y los caminos los ha de encontrar la propia familia.

Quien acompaña a la familia, trabaja **con** la familia en su conjunto pero también con diadas (esposo-esposa, padre-hijo, madre-hija, hijo-hija) y, en algún caso, con alguno de sus miembros, sabiendo que, por ser comunidad, un cambio en un miembro de la familia (para bien o para mal), afecta a toda la familia. Por otra parte, cada actuación de un miembro de la familia evidencia o muestra una característica de la familia entera. Cada persona es voz de la familia.

Aunque acompañar no es impartir conocimientos, a veces habrá que ofrecer sesiones formativas sobre aspectos concretos una vez detectados,

familia y acompañante, una determinada carencia (comunicación, habilidades sociales, restablecimiento de la confianza entre los miembros de la familia, etc.).

En el caso del acompañamiento familiar, nuestra experiencia nos muestra que lo ideal es buscar colaboración y supervisión, por lo que conviene trabajar con otro co-acompañante, con quien compartir visión, observación, dificultades... Esto permite una mirada sistémica.

En efecto, el acompañamiento familiar, a diferencia del personal, exige una mirada sistémica, es decir, se centra en las relaciones, en el 'nosotros' sin dejar de atender a las personas concretas. Da voz a la familia, al nosotros. El nosotros tiene su propia estructura y sus propios recursos. Por eso, quien acompaña a una familia atiende a:

- Pautas y patrones de comportamiento entre los miembros de la familia, es decir, secuencias de comportamiento que se repiten, especialmente aquellas que crean un problema o lo mantienen.
- Esquemas mentales subyacentes al comportamiento.
- Los bucles de retroalimentación (Por ejemplo: Los padres etiquetan al hijo. El hijo se comporta de acuerdo con la etiqueta de los padres-efecto Pigmalión- y por tanto, le siguen etiquetando así).
- Conexiones entre una actuación disfuncional de un miembro y una respuesta de otro.
- Qué función tiene determinado comportamiento en el sistema familiar.
- Para qué existe un problema, cual es su función.

Pero acompañar a la familia en su infirmitad y vulnerabilidad exige un método. Será el objeto de artículo.

Bibliografía

- Domínguez Prieto, X.M.
El arte de acompañar.
Ed. PPC, Madrid, 2017.
- Domínguez Prieto, X.M.
Psicología de la persona.
Ed. Palabra, Madrid, 2011.
- Domínguez Prieto, X.M.
Antropología de la familia.
BAC, Madrid, 2007.

